

# SARTRE por SARTRE.

## Balance a los 70 años (I)

Al cumplir Jean-Paul Sartre los setenta años ha concedido unas largas declaraciones autobiográficas a su amigo Michel Contat. La importancia de estas confesiones permite titularlas «autorretrato». El autor de «La Náusea» y «Les Mots», de «La crítica de la razón dialéctica» y «El diablo y el buen Dios», ya medio ciego, aquejado de dolores en las piernas, a quien recientemente los soldados portugueses ofendieron claveles, habla aquí de cuestiones personales, aficiones, literatura, política, de sus fobias... Este texto —que damos en tres partes y que TRIUNFO publica en exclusiva al tiempo que «Le Nouvel Observateur»—, tiene un interés indudable para terminar de comprender al filósofo, dramaturgo, novelista y político.

**D**ESDE hace un año circulan rumores más o menos benévolos sobre su estado de salud. Este mes cumple los setenta. Dígame, Sartre, ¿qué tal se encuentra?

**JEAN-PAUL SARTRE.**—Resultado difícil decir que todo va bien, pero tampoco puedo afirmar lo contrario. En los dos últimos años me han ocurrido unos cuantos accidentes. Sobre todo, las piernas comienzan a dolerme en cuanto camino más de un kilómetro, y por regla general me limito a esa distancia. Por otro lado, sufro trastornos de tensión bastante considerables, si bien éstos han desaparecido de pronto últimamente: sufría de una hipertensión bastante grave, y ahora, tras un tratamiento con medicamentos, me encuentro en un estado que roza la hipotensión.

«Por último —y especialmente—, he tenido hemorragias detrás del ojo izquierdo —el único ojo con el que veo, pues perdí la visión por el otro cuando tenía tres años—. Acierto a ver todavía vagamente formas; veo las luces, los colores, pero ya no distingo los objetos ni los rostros de las personas. De ahí que no sea capaz ya de leer ni de escribir. Mejor dicho, puedo escribir, es decir, trazar palabras con la mano, y lo hago mejor o peor, pero no consigo ver lo que escribo. Y la lectura me resulta absolutamente imposible: veo líneas, espacios blancos entre palabra y palabra, pero no acierto a distinguir las propias palabras. Privado de mi capacidad de leer y escribir, no tengo posibilidad alguna de ejercitarme como escritor: mi oficio de escritor está acabado.

«Sin embargo, todavía puedo hablar. Por eso mi próximo trabajo, si es que la televisión consigue encontrar quien lo financie, consistirá en una serie de emisiones en las que trataré de hablar de los setenta y cinco años transcurridos de este siglo. En este trabajo colaboran Simone de Beauvoir, Pierre

Victor y Philippe Gavi, que tienen también ideas propias que expresar y que se encargan además de la tarea de redacción, que yo mismo soy ya incapaz de llevar a cabo: me limito a hablar en su presencia y ellos van tomando notas, o bien discutimos y ellos redactan entonces el proyecto sobre el que nos hemos puesto de acuerdo. A veces yo también escribo, es decir, que anoto el contenido de un discurso destinado a esas emisiones. Pero sólo mis compañeros podrán leerlo luego en voz alta.

«Tal es mi situación presente. Al margen de eso, estoy bien de salud. Duermo estupendamente. Realizo con eficacia este trabajo con mis compañeros. Tengo la misma agudeza mental —ni más ni menos— que hace diez años y tampoco se ha embotado mínimamente mi sensibilidad. Mi memoria funciona bien generalmente, salvo por lo que respecta a los nombres, que me cuesta trabajo recordar y que a veces se me escapan totalmente. Puedo servirme de objetos que reconozco por la posición que ocupan. En la calle me valgo solo sin demasiada dificultad.

—No poder escribir es, a pesar de todo, un duro golpe. Pero usted habla de ello con serenidad...

**J.-P. S.**—En cierto sentido, esa situación me priva de toda razón de ser: he sido y ya no soy, si usted quiere. Debería sentirme muy abatido, pero, por una razón que ignoro, me encuentro bastante bien: no tengo momentos de tristeza ni siento melancolía al pensar en lo que he perdido.

—¿No siente rebeldía alguna?

**J.-P. S.**—¿Contra quién, contra qué quiere que me rebelde? No se trata de estolicismo, aunque, como usted sabe, siempre he simpatizado con los estolicos. No, sencillamente las cosas son así y yo no puedo hacer nada por evitarlo; de modo que no tengo razón alguna para lamentarme. He tenido momentos penosos, porque en una determinada etapa, hace dos años, la cosa revistió mayor gravedad. Sufrí ligeros delirios. Recuerdo haberme paseado por Avignon, donde estaba con Simone de Beauvoir, en busca de una muchacha que me había dado cita en determinado lugar, en un banco público. Claro está que no había tal cita...

«Ahora, todo lo que puedo hacer es acomodarme a lo que soy, sopesar mis posibilidades y servirme de ellas como mejor pueda. Lo que más me fastidia es, naturalmente, la pérdida de la visión: algo irremediable, según me han dicho los médicos a los que he consultado. Es fastidioso, porque me gustaría escribir, no siempre, pero sí de vez en cuando, sobre multitud de cosas que sigo sintiendo.

—¿No tiene usted la impresión de estar ocioso?

**J.-P. S.**—Sí. Me paseo un poco, me leo los periódicos, escucho la radio, a veces entreveo lo que pasan por televisión... actividades todas propias de alguien ocioso. Mi único fin en la vida era escribir. Escribía sobre lo que había meditado previamente, pero el momento esencial era el de la escritura. Sigo pensando, pero, como ya no

puedo escribir, la actividad real del pensamiento ha quedado, en cierto modo, suprimida.

«Me está ya vedado algo que muchos jóvenes de hoy desprecian: el estilo, digamos el modo literario de exponer una idea o una realidad. Eso exige correcciones; correcciones que a veces se renuevan cinco o seis veces. Ya ni siquiera acierto a corregirme una sola vez, por la sencilla razón de que no puedo leer lo que he escrito. Así que lo que escribo o digo se queda en esa primera versión. Alguien puede releerme lo escrito y también puedo, en rigor, introducir alguna corrección de detalle, pero eso no tiene nada que ver con lo que sería una labor de reescritura bajo mi pluma.

—¿No podría utilizar un magnetofón, dictar, volver a escucharse y grabar las correcciones?

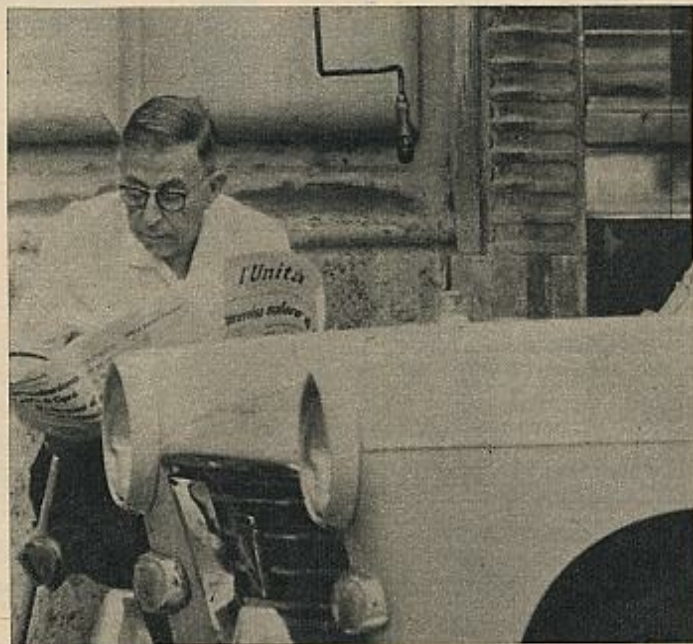
**J.-P. S.**—Creo que existe una diferencia enorme entre la palabra y la escritura. Lo que uno escribe, lo relee luego. Pero uno puede leer lentamente o a gran velocidad: dicho de otro modo, usted no fija de antemano el tiempo que va a dedicar a una frase determinada, porque lo que no funciona en esa frase puede ser que no resulte evidente a primera vista: tal vez sea algo intrínseco a la frase o acaso resulte de una deficiente relación entre esa frase con la que la precede o la sigue, o con la totalidad del párrafo o del capítulo, etcétera.

«Todo eso supone que usted ve el texto como un logogrifo y cambia una palabra aquí y otra allá; luego, no satisfecho del cambio efectuado, introduce una nueva modificación para rectificar a continuación un elemento que se halla mucho más lejos, y así sucesivamente. En el caso de un magnetofón, el tiempo de escucha está determinado por la velocidad a la que pasa la cinta y no se adecua a las necesidades del que lo maneja. Así que siempre me adelantaré o llevaré retraso con respecto al tiempo que me marca el aparato.

—¿Lo ha intentado usted?

**J.-P. S.**—Lo intentaré, lo intentaré lealmente, pero estoy seguro de que no va a satisfacerme. Por mi pasado, por mi formación, por lo esencial de mi actividad hasta este momento, soy en primer lugar un hombre de escritura, y es demasiado tarde para cambiar. Si hubiese perdido la vista a los cuarenta años, las cosas habrían podido ser de otro modo. Tal vez hubiese aprendido otras técnicas de expresión, como el uso del magnetofón, instrumento del que se sirven otros autores. Pero no creo que éste pueda ofrecerme ya lo que me permitía la escritura.

«Mi actividad intelectual sigue siendo lo que ha sido siempre, es



«Mi próximo trabajo será una serie para la televisión, en la que hablaré de los setenta y cinco años transcurridos de este siglo».



decir, un control de la reflexión. Puedo ejercer, pues, en el plano reflexivo y con relación a lo que pienso, una actividad correctora, pero ésta sigue siendo estrictamente subjetiva. Una vez más, el trabajo del estilo tal y como yo lo entiendo supone necesariamente la escritura.

•Hoy, muchos jóvenes se desprecian absolutamente del estilo y piensan que si uno tiene algo que decir, lo dice, sin más. Para mí, el estilo —que no excluye la sencillez, sino todo lo contrario— es, en primer lugar, una manera de decir tres o cuatro cosas en una. Está primero la frase sencilla, con un sentido inmediato; luego, simultáneamente y en capas más profundas, los diversos sentidos. Si uno no es capaz de comunicar al lenguaje esa pluralidad de sentidos, no vale la pena escribir.

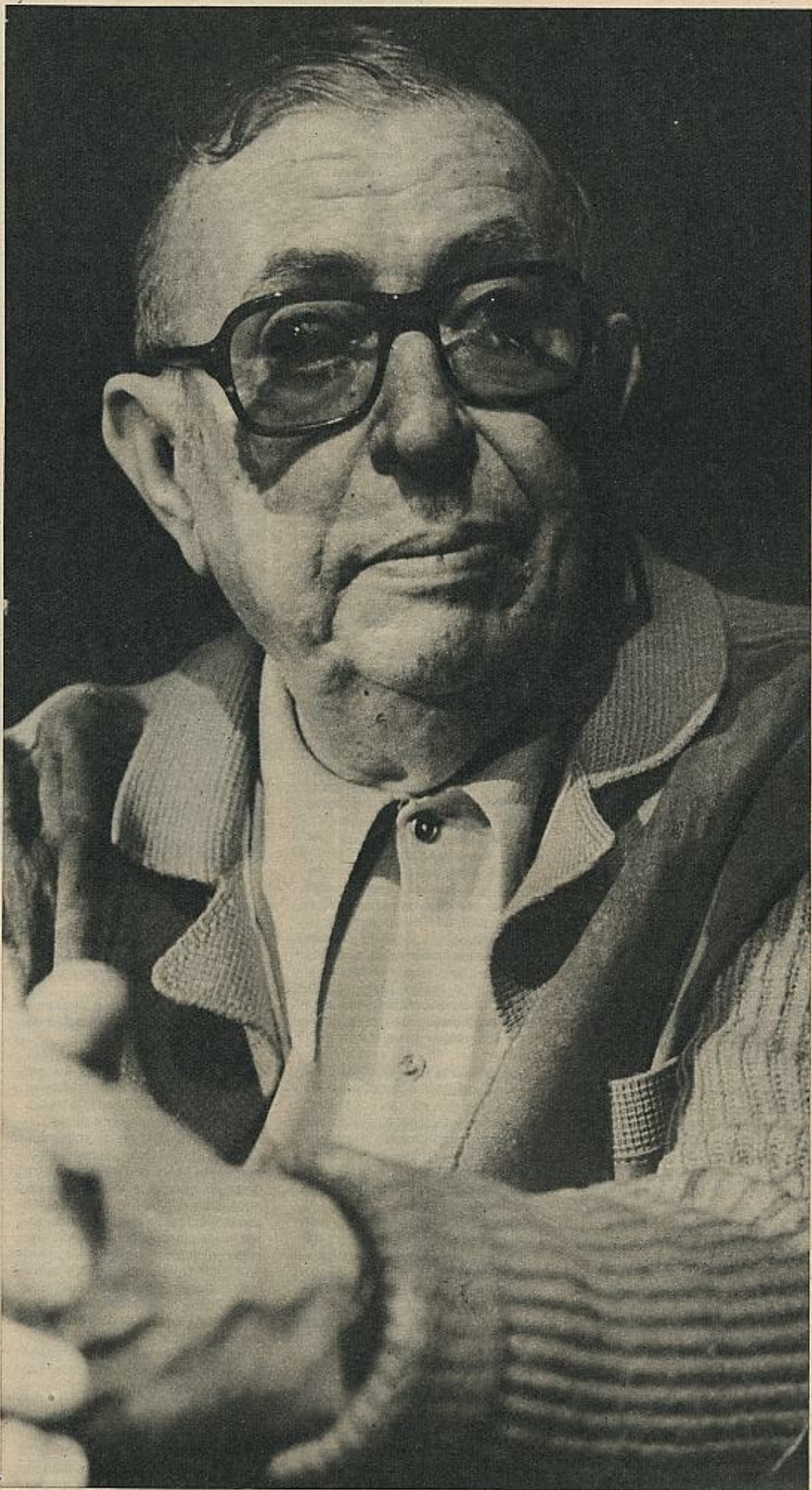
•La literatura se distingue de la comunicación científica, por ejemplo, en que no es unívoca: el artista del lenguaje es el que dispone las palabras de tal forma que, según como las ilumine o el peso que les transmita, éstas pueden significar una cosa u otra, o una tercera, siempre a un nivel distinto.

—Sus manuscritos filosóficos están escritos a vuelapluma, casi sin tachaduras; por el contrario, sus manuscritos literarios aparecen muy trabajados, extremadamente depurados. ¿A qué se debe esa diferencia?

J.-P. S.—Se trata de una diferencia de objetos: en filosofía, cada frase debe tener un sentido único. Mi trabajo en «Las Palabras», por ejemplo, consistente en dotar a cada frase de sentidos múltiples y superpuestos unos a otros, sería una chapuza si de una obra filosófica se tratara. Intentar explicar lo que es, pongamos, el «para-si» o el «en-si», puede resultar difícil; puedo utilizar diferentes comparaciones, demostraciones distintas para llegar a lo que me propongo, pero en cualquier caso debo atenerme a ideas que han de poder «cerrarse»: no es a ese nivel donde se encuentra el sentido completo —que puede y debe ser plural al nivel de la obra completa—. No quiero decir, sin embargo, que la filosofía, como la comunicación científica, sea unívoca.

•En literatura, que tiene siempre que ver, en cierto modo, con lo vivido, nada de lo que digo se explica totalmente por lo que digo. Una misma realidad puede expresarse de mil modos distintos. Y es el libro entero el que indica el tipo de lectura que requiere cada frase y hasta el tono de voz que exige a su vez esta lectura, independientemente de si se lee o no en voz alta.

•Una frase de tipo puramente objetivo, como las que se encuentran a menudo en la obra de Stendhal, omite forzosamente muchas cosas, pero esa frase comprende en sí misma a todas las demás y entraña un conjunto de significados que el autor debe tener constantemente en la cabeza para que pasen todas. Por consiguiente, la elaboración del estilo no consiste tanto en cincelar una frase cuanto en conservar permanentemente en la cabeza la totalidad de la escena,





del capítulo y, por encima de ambos, del libro entero. Si se pierde de vista la totalidad, entonces la frase desentonará o resultará gratuita.

«Este trabajo es más o menos largo, más o menos laborioso, según los autores. Pero, en general, es siempre más difícil escribir, pongamos, cuatro frases en una que una en una sola frase como en filosofía. Una frase como «Pienso, luego existo» puede tener consecuencias infinitas en todas las direcciones, pero como tal frase, posee únicamente el sentido que le dio Descartes. Por el contrario, cuando Stendhal escribe: «... Mientras pudo ver el campanario de Verrières, Julien volvió la cabeza varias veces», con explicar simplemente lo que hace su personaje, nos transmite lo que éste, Julien, siente, así como lo que siente a su vez madame de Rénal, etcétera.

«Resulta, claro está, más difícil encontrar una frase que valga por varias que una como «Pienso, luego existo». Me imaginó que Descartes daría con esta frase en el momento mismo de pensarla.

—¿Y no poder leer, es un grave «handicap» para usted?

J.-P. S.—Por el momento diría que no. Ya no puedo tomar por mi mismo conocimiento de los libros que se publican y que pudieran interesarme. Pero la gente me habla de ellos o me leen fragmentos, y estoy más o menos al corriente de las novedades. Simone de Beauvoir me ha leído de principio a fin una serie de libros de todo tipo.

«Sin embargo, tenía la costumbre de hojear los libros y las revistas que recibía, y representa un empobrecimiento el no poder seguir haciéndolo. Para mi trabajo actual, consistente en preparar esas emisiones históricas, si necesito consultar una obra determinada, digamos de Sociología o de Historia, es igual que me la lea Simone de Beauvoir que si la leyese yo con mis propios ojos. Ahora bien, si no me limitase a asimilar conocimientos, sino que me dedicase a la crítica, si tuviese que determinar si esos conocimientos son o no coherentes, si el libro está construido según sus propios principios, etcétera, la simple lectura no bastaría. Tendría que pedir a Simone de Beauvoir que me leyese el libro varias veces y que se detuviese, si no en cada frase, si por lo menos en cada párrafo.

«Simone de Beauvoir lee y habla a gran velocidad. Yo la dejo que siga su ritmo habitual y trato de adaptarme a él. Eso me exige un cierto esfuerzo. Luego, al final del capítulo, intercambiamos reflexiones. El problema es que ese elemento de crítica reflexiva, que está presente siempre que el libro lo lee uno mismo, no resulta tan claro cuando la lectura es ajena y en voz alta. Predomina el esfuerzo por comprender, sencillamente. El elemento crítico queda relegado a segundo plano, y sólo cuando Simone de Beauvoir y yo confrontamos nuestras opiniones siento que

ahora algo que había quedado antes oculto por la lectura.

—¿No le resulta penoso tener que depender así de los demás?

J.-P. S.—Sí, aunque «penoso» sea decir demasiado, ya que, como he dicho antes, nada me resulta penoso en este momento. A pesar de todo, esta dependencia me disgusta un poco. Estaba acostumbrado a escribir solo, a leer solo, y sigo pensando que el auténtico trabajo intelectual exige la soledad. No quiero decir que algunos trabajos intelectuales —libros incluidos— no puedan ser labor de varios. Pero el trabajo auténtico, el que conduce a la vez a una obra escrita y a una serie de reflexiones filosóficas, no veo cómo puede hacerse entre dos o tres. En el momento presente, con nuestros actuales métodos de pensamiento, la manifestación de un pensamiento frente a un objeto implica la soledad.

—¿No piensa usted que eso es algo privativo suyo?

J.-P. S.—En cierta ocasión participé en un trabajo colectivo, en la Escuela Normal; más tarde elaboré en Le Havre, en colaboración con otros profesores, un proyecto de reforma de la enseñanza universitaria. He olvidado lo que decíamos en aquel proyecto, no debía de valer gran cosa. Pero si se exceptúan «On a raison de se révolter» y «Entretiens sur la politique», para los que conté con la colaboración de David Rousset y Gérard Rosenthal, el resto de mis libros los he escrito totalmente solo.

—¿Le molesta que le haga preguntas sobre su persona?

J.-P. S.—No, ¿por qué? Considero que todo hombre debería poder expresar, frente a un entrevistador, lo más profundo de sí mismo. En mi opinión, lo que vicia las relaciones entre los hombres es que cada cual mantiene siempre, frente al prójimo, algo oculto, algo secreto, que no lo es necesariamente para todos los demás, sino para aquel con el que habla en tal o cual momento.

«Opino que la transparencia debe siempre sustituir a secreto, y me imagino el día en que dos hombres dejarán de tener secretos uno para otro, porque habrán dejado de tener secretos frente a todos los demás, porque la vida subjetiva, lo mismo que la objetiva, se ofrecerá, se dará sencillamente.

«Resulta imposible admitir que entreguemos nuestro cuerpo del modo en que lo hacemos y que, sin embargo, ocultemos nuestro pensamiento, dado que para mí no existe diferencia de naturaleza entre el cuerpo y la conciencia.

—¿Acaso no entregamos totalmente nuestros pensamientos más que a las personas a quienes entregamos realmente nuestro cuerpo?

J.-P. S.—Entregamos nuestro cuerpo a todo el mundo, incluso al margen de toda relación sexual: a través de la mirada, de los contactos, usted me entrega su cuer-

po; yo, a mi vez, le entrego el mío; existimos como cuerpo el uno para el otro. Pero no existimos del mismo modo como conciencia, como ideas, aunque las ideas sean modificaciones del cuerpo.

«Si quisiéramos existir realmente para el otro, existir como cuerpo, como cuerpo que puede ser perpetuamente desnudado —aunque esto no ocurra jamás—, las ideas deberían aparecerle al otro como emanadas del cuerpo. Las palabras las pronuncia un órgano, la lengua, que hay dentro de la boca. Todas las ideas deberían aparecer así, incluso las más vagas, las más fugaces, las menos aprehensibles. Dicho de

«Personalmente, no me pronuncio sobre todos los puntos posibles cuando hablo con la gente, pero si trato de mostrarme lo más transparente que puedo, porque estimo que toda esa zona oscura que tenemos dentro de nosotros mismos, oscura tanto para nosotros como para los demás, sólo se nos aclarará si intentamos ser claros con el prójimo.

—¿No ha sido en primer lugar en la escritura donde usted ha buscado esa transparencia?

J.-P. S.—En primer lugar, no; al mismo tiempo. En el terreno de la escritura es, si usted quiere, donde solía llegar más lejos. Pero



otro modo, no debería subsistir esa clandestinidad, ese secreto que ciertos siglos han considerado como algo que honraba al hombre y a la mujer, lo que me parece una tontería.

—¿Cuál es para usted el principal obstáculo para la realización de esa transparencia?

J.-P. S.—En primer lugar, el Mal. Con ello quiero decir que los actos son inspirados por principios distintos y pueden abocar a resultados que personalmente desaprubo. Este Mal dificulta la comunicación de todos los pensamientos, porque no sé en qué medida el otro parte de principios idénticos a los míos para constituir sus propios pensamientos. En cierta medida, estos principios pueden ser esclarecidos, discutidos, formulados, pero no es cierto que yo pueda discutir con cualquier persona de cualquier cosa. Puedo hacerlo con usted, pero no con mi vecino o con el primer transeúnte con el que me cruce por la calle: en el peor de los casos preferirá pegarse conmigo en lugar de discutir a fondo.

«Así, de hecho, existe siempre una actitud de reserva, nacida de la desconfianza, de la ignorancia, del miedo, que hace que no me sienta totalmente a gusto con el otro, que no le ofrezca toda mi confianza.

también en la diaria conversación con Simone de Beauvoir, con otros, con usted mismo, puesto que hoy estamos juntos, trato de mostrarme lo más claro y lo más auténtico posible, intento rendir enteramente mi subjetividad. De hecho, no se la rindo a usted, no se la rindo a nadie, porque hay cosas que se niegan a ser dichas, cosas que puedo tal vez decirme a mí mismo, pero que no aceptan que yo las comunique a los demás. Como cada cual, tengo un fondo sombrío que se niega a ser dicho.

—¿El inconsciente?

J.-P. S.—De ningún modo. Hablo de las cosas que sé. Hay siempre como una pequeña franja que no se dice, que se niega a ser dicha y que, sin embargo, quiere ser sabida, sabida por mí. No se puede decir todo; usted lo sabe perfectamente. Mas pienso que en el futuro, es decir, cuando esté ya muerto, tal vez incluso cuando lo esté también usted, las personas hablarán cada vez más de sí mismas, y eso provocará un gran cambio. Pienso que ese cambio está, por otra parte, ligado a una auténtica revolución.

«Es preciso que un hombre exista enteramente para su prójimo, que, a su vez, debe existir también enteramente para él, a fin de que llegue a establecerse una auténtica





En la foto de la página opuesta, el edificio de la rue Bonaparte, en Saint-Germain-des-Prés, donde Sartre vivió con su madre después de 1945; sobre estas líneas, Sartre con su compañera, la escritora Simone de Beauvoir; a la derecha, durante uno de los ensayos de los «Secuestrados de Altona», en el teatro «La Renaissance», de París.

concordia social. Esto no es realizable hoy por hoy, pero creo que lo será cuando se haya conseguido la transformación de las relaciones económicas, culturales, afectivas entre los hombres, gracias, en primer lugar, a la eliminación de la carestía material, que es, en mi opinión, según demostré en la «Crítica de la razón dialéctica», el fundamento de todos los antagonismos pasados y presentes entre los hombres.

«Habrán indudablemente antagonismos nuevos, que no me puedo imaginar, que nadie acierta hoy a imaginarse, pero que no constituirán ningún obstáculo para una forma de «socialidad» en la que cada cual se dará enteramente al otro, siendo esta entrega siempre recíproca. Está claro que tal sociedad sólo podría ser mundial, pues, de subsistir en un solo lugar del mundo desigualdades y privilegios, los conflictos inducidos por tales desigualdades acabarían ganando a todo el cuerpo social.

—¿No nace la escritura precisamente del secreto y del antagonismo? En una sociedad de concordia, tal vez no tuviera ya razón de ser...

J.-P. S.—La escritura nace ciertamente del secreto, pero no olvidemos que su fin consiste bien en



ocultar ese secreto y mentir —en cuyo caso no tiene interés—, bien en ofrecer una apreciación de tal secreto e incluso en agotarlo mediante el testimonio de lo que uno es cara a los demás, y en este caso, la literatura marcha en el sentido de esa transparencia que exige.

—Usted me dijo en cierta ocasión, hacia mil novecientos setenta y uno: «Ya es hora de que diga por fin la verdad». Y añadió: «Pero sólo podré decirlo en una obra de ficción». ¿Por qué?

J.-P. S.—Tenía entonces el proyecto de escribir una novela corta en la que me habría gustado verter ciertas cosas que con anterioridad a aquel proyecto pensaba decir en una especie de testamento político (algo así como la continuación de mi autobiografía), y al que

había entre tanto renunciado. El elemento de ficción habría sido mínimo; yo habría creado un personaje del que el lector hubiera podido decir: «El hombre del que aquí se trata es Sartre».

«Lo que no significa que, para el lector, hubiese tenido que existir una coincidencia entre el personaje y el autor, sino que la mejor manera de comprender al personaje habría sido buscar en él lo que venía de mí. Eso es lo que me hubiese gustado escribir: una ficción que no fuera tal. Así es hoy la escritura. Nos conocemos poco y no podemos darnos enteramente. La verdad de la escritura sería el que yo dijese: «Tomo la pluma, me llamo Sartre; he aquí lo que pienso».

—¿No puede enunciarse una verdad independientemente de quien la expresa?

J.-P. S.—Eso ya no interesa. Equivale a eliminar al individuo y a la persona del mundo en que vivimos para atenerse a las verdades objetivas. Es posible llegar a verdades objetivas sin pensar la propia verdad. Pero si se trata de hablar a la

que allí expongo no sean auténticos, sino que «Las Palabras» es también una especie de novela, una novela en la que creo personalmente, pero que sigue siendo, a pesar de todo, una novela.

—Su afirmación de que había llegado la hora de decir por fin la verdad podía también interpretarse en el sentido de que hasta aquel momento usted no había hecho más que mentir.

J.-P. S.—No, mentir, no, pero si decir la mitad o una cuarta parte de la verdad solamente. Por ejemplo, no he descrito las relaciones sexuales y eróticas de mi vida. Tampoco encuentro razón alguna para hacerlo si no es en otra sociedad en la que todo el mundo colocase las cartas boca arriba.

—Pero, ¿está usted seguro de saberlo todo de su persona? ¿No se ha sentido nunca tentado a someterse al psicoanálisis?

J.-P. S.—Sí, pero no para sacar a la luz ciertas cosas que habría comprendido por mi mismo. En el momento de reanudar «Las Palabras», de la que hice una primera versión hacia mil novecientos cincuenta y cuatro, y que reelaboraría luego en mil novecientos sesenta y tres, pregunté a un amigo psicoanalista, Portalis, si quería psicoanalizarme. Lo hice más bien por curiosidad intelectual hacia el método psicoanalítico que porque desease llegar a una mejor comprensión de mí mismo. Portalis consideró con razón que, dadas nuestras relaciones, no le parecía posible. En cualquier caso, no era una idea que estuviese demasiado arraigada en mí, por lo que me olvidé del asunto.

—De todos modos, es posible inferir de la lectura de sus novelas muchas cosas relativas al modo en que usted ha vivido la sexualidad.

J.-P. S.—Sí, e incluso en mis obras filosóficas. Pero eso no representa más que un momento de mi vida sexual. Y ésta no se halla reflejada con suficiente detalle y complejidad para que yo aparezca como soy auténticamente. Entonces, me dirá usted, ¿para qué hablar de ello? Porque, le responderé, el escritor debe hablar de la totalidad del mundo, hablando de su propia totalidad. Es función del escritor hablar de todo, es decir, del mundo como objetividad y al mismo tiempo de la subjetividad que se opone a aquélla, que está en contradicción con ella. El escritor debe dar cuenta de esa totalidad, desnudándola completamente. Esa es la razón por la que el escritor se ve obligado a hablar de sí mismo, y eso es lo que, en realidad, yo siempre he hecho, mejor o peor, más o menos, pero siempre en profundidad.

—¿Dónde radica entonces el carácter específico de la escritura? Parece posible hablar, en el sentido puramente oral del término, de esa totalidad, ¿no es cierto?

J.-P. S.—Es posible, en principio, pero de hecho no se llegan a decir nunca tantas cosas a través del lenguaje oral que mediante la escritura. La gente no está acostumbrada a servirse del lenguaje oral. Las con-

vez de la objetividad que uno es y de la subjetividad que hay detrás de esa objetividad, y que forma parte del hombre con igual derecho que su objetividad, en ese momento hay que escribir: «Yo, Sartre». Y como eso no es posible en este momento, porque no nos conocemos suficientemente, el rodeo por la ficción permite acercarse mejor a esa totalidad objetividad-subjetividad.

—¿Diría usted entonces que se ha aproximado más a su verdad personal a través de Roquentin o de Mathieu que escribiendo «Las Palabras»?

J.-P. S.—Probablemente; mejor dicho, en mi opinión, «Las Palabras» no es algo más auténtico que «La Náusea» o «Los Caminos de la Libertad». No es que los hechos



## SARTRE

versaciones más profundas que puede haber hoy son las que se desarrollan entre intelectuales. No es que éstos estén necesariamente más cerca de la verdad que los no intelectuales, sino que en el momento actual poseen conocimientos y un modo de pensamiento —psicoanalítico, sociológico—, por ejemplo, que les permiten llegar a un nivel de autocomprensión y de comprensión de los demás al que no llegan, naturalmente, aquellos que no son intelectuales. El diálogo se establece, en general, de tal forma que cada cual piensa que lo ha dicho todo y que el otro a su vez tampoco ha omitido nada, cuando es, en realidad, más allá de lo dicho donde comienzan los auténticos problemas.

—En suma, cuando usted hablaba de esa verdad que era ya hora de decir, ¿se refería acaso a que había que manifestar ciertas cosas que no era que usted hubiese callado, sino que no había comprendido antes?

J.-P. S.—Se trataba, sobre todo, de colocarme en determinada postura desde la cual vería surgir necesariamente un determinado tipo de verdad que todavía ignoraba. Se trataba —a través de una ficción auténtica o de una verdad ficticia— de enlazar con los actos y los pensamientos de toda mi vida para tratar de hacer de ellos un todo, examinando detenidamente sus supuestas contradicciones y sus límites para ver si era realmente cierto que tuviesen tales límites, si no se me había obligado a considerar tales ideas como contradictorias cuando en realidad no lo eran, si se había interpretado correctamente tal acción por mí realizada en determinado momento...

—¿Y acaso también para escapar a su propio sistema?

J.-P. S.—Efectivamente, en la medida en que mi sistema podía no dar cuenta de todo, necesitaba colocarme fuera del mismo. Y como fui yo quien elaboró ese sistema, existían muchas probabilidades de que volviese a caer en él. Con lo que se habría demostrado que, para mí, la verdad no podía concebirse al margen de ese sistema. Pero ello habría podido significar igualmente que el sistema seguía teniendo validez a determinado nivel, aun cuando no alcance la verdad profunda.

•La verdad está todavía por encontrar, porque es infinita. Lo que no quiere decir que no se obtengan verdades. Pienso que si hubiese podido hacer lo que me proponía en esa novela que debía dar cuenta de mi verdad, habría conseguido, con suerte, ciertas verdades, verdades que no habrían estado relacionadas sólo conmigo, sino con la época que me contiene. Pero no habría logrado la verdad total. Habría simplemente dado a entender que es alcanzable, aunque, hoy por hoy, nadie sea capaz de llegar a ella.

—¿Se ocuparía de eso si es que pudiese escribir hoy?

J.-P. S.—Sí, y en cierto sentido, siempre me he ocupado de ello.

—Sin embargo, se sabe por las Memorias de Simone de Beauvoir que, a partir de mil novecientos cincuenta y siete, usted comenzó a trabajar con febril urgencia. Simone de Beauvoir dice de usted que estaba empeñado en «una agotadora carrera contra reloj, contra la muerte». Se me ocurre que si usted sentía tan intensamente semejante

urgencia es porque se consideraba el único capaz de decir algo que era absolutamente preciso decir. ¿Es esto cierto?

J.-P. S.—En cierto sentido, sí. A partir de ese momento escribí la «Crítica de la razón dialéctica». Esa obra hizo mella en mí hasta el punto de ocupar todo mi tiempo. Le dedicaba diez horas diarias y resistía a base de pastillas de «corydane». —acabé tomando hasta veinte

al día— y, efectivamente, sentía que debía terminar el libro. Gracias a las anfetaminas adquirí un ritmo de pensamientos y de escritura aproximadamente tres veces superior al normal: quería ir lo más de prisa posible.

•Por aquel entonces había yo roto con los comunistas a raíz de lo de Budapest. La ruptura no era total, pero los vínculos estaban cortados. Antes de mil novecientos sesenta y ocho, el movimiento comunista representaba, aparentemente, a toda la izquierda, de tal forma que el hecho de romper con el Partido creaba una especie de exilio. Cuando uno rompía los lazos con aquella izquierda, bien derivaba hacia la derecha, como hicieron los que se unieron a los socialistas, bien se mantenía en una especie de compás de espera, y lo único que había que hacer era pensar hasta las últimas consecuencias lo que los comunistas trataban de impedir que uno pensase.

•Escribir la «Crítica de la razón dialéctica» representó para mí una especie de arreglo de cuentas con mi propio pensamiento, al margen de la acción sobre el pensamiento que ejercía el partido comunista. La «Crítica...» es una obra escrita contra los comunistas desde una posición de fidelidad al marxismo. Consideraba yo que el auténtico marxismo estaba totalmente tergiversado, falseado por los comunistas. Hoy, en absoluto pensaría de idéntica forma.

—Volveremos sobre ello. ¿Ese sentimiento de urgencia que usted experimentaba no le vendría de los primeros achaques de la edad? En mil novecientos cincuenta y cuatro, en Moscú, usted tuvo un primer accidente.

J.-P. S.—Fue un accidente más bien benigno: una crisis de hipertensión, que interpreté como un inconveniente momentáneo debido al exceso de trabajo y a aquella primera estancia en la Unión Soviética, que no me resultó nada agradable y que llegó a fatigarme. No tuve entonces la impresión de que hubiese cambiado nada. Pero sí la tuve más tarde, cuando De Gaulle tomó el poder. Yo estaba escribiendo por aquel entonces «Los secuestrados de Altona» y un día, durante el verano de mil novecientos cincuenta y ocho, comencé a sentir profunda inseguridad.

•Me acuerdo de un incidente en casa de Simone Berriau: estaba yo bebiendo un vaso de whisky, y cuando traté de dejar el vaso en una mesilla, se me cayó; no fue una simple torpeza mía, sino un trastorno del equilibrio. Simone Berriau se percató inmediatamente de aquello y me recomendó: «Vaya a ver a un médico; está usted muy mal». Y, efectivamente, unos días más tarde (según yo ocupado en «Los secuestrados...») me sorprendió a mí mismo trazando garabatos: escribiendo frases sin sentido, sin relación con la obra, y que asustaron a Simone de Beauvoir.



•Nunca he pensado en la muerte; hubo incluso un momento, hasta los treinta años aproximadamente, en que llegué a creerme inmortal.





Sartre con Pierre Victor durante un debate en torno al libro «On a raison de se révolter»: «Con los jóvenes es con quien mejor me entiendo».

—¿Tuvo usted mismo miedo en aquel momento?

J.-P. S.—No, pero vi que estaba abatido. No llegué a tener miedo en ningún momento. Pero me detuve; creo que no hice nada durante dos meses. Luego reanudé el trabajo. Pero se retrasó un año la terminación de «Los secuestrados...».

—Me da la impresión de que, en aquel momento, usted sentía profundamente la responsabilidad ante sus lectores, frente a su propia persona, con relación a esos «mandatos cosidos a la piel», de los que habla en «Las Palabras». Se trataba, en suma, de escribir o reventar. ¿A partir de cuándo comenzó usted a relajarse, si es que realmente se ha relajado?

J.-P. S.—Sólo en estos últimos años, desde que abandoné el «Flaubert». También en este libro he trabajado intensamente con ayuda de las anfetaminas. He trabajado intermitentemente en el libro durante quince años. De cuando en cuando escribía algo para volver siempre a Flaubert. Sin embargo, no lo terminaré. Pero no me siento desgraciado, pues pienso que cuanto tenía que decir de esencial ya lo he dicho en los tres primeros tomos. Alguna otra persona podría escribir el cuarto a partir de los tres que yo mismo he escrito.

«Lo que no quita para que sienta el peso del remordimiento por ese «Flaubert» inconcluso. Bueno, «remordimiento» tal vez sea demasiado fuerte; después de todo, tuve que abandonarlo debido a las circunstancias. Quería acabarlo. Y al mismo tiempo, ese cuarto tomo era el más difícil para mí y el que menos me interesaba: el estudio del estilo de «Madame Bovary». Pero ya le digo que lo esencial está ya

ahí, aun cuando la obra continúe en suspenso.

—¿Puede aplicarse esto que usted acaba de decir a la totalidad de su obra? Se podría decir casi que una de las características principales de su obra es su estado de inconclusión... ¿Acaso esto le...?

J.-P. S.—¿Acaso me fastidia? De ningún modo. Porque todas las obras están inconclusas: los hombres que hacen una obra literaria o filosófica nunca la acaban. ¿Qué quiere usted? El tiempo está siempre por medio.

—¿Se siente usted, hoy por hoy, más acosado por el tiempo?

J.-P. S.—No, porque he decidido —y digo bien, he decidido— que ya he dicho todo lo que tenía que decir. Esta decisión implica que suspendo todo lo que podría decir todavía, porque considero lo escrito hasta este momento como lo realmente esencial. El resto, me digo a mí mismo, no vale la pena; son tentaciones que uno tiene, como la de escribir una novela sobre tal o cual tema, pero que luego abandona.

«En verdad, eso no es totalmente exacto: si me colocase en el auténtico estado de exigencia en que se encuentra un hombre que tiene años por delante y que se encuentra bien de salud, diría que no había acabado, que no había dicho, ni mucho menos, lo que me proponía decir. Pero no quiero decirme eso a mí mismo. Si me quedan todavía diez años de vida, ya puedo darme por satisfecho.

—¿Y en qué piensa ocupar usted esos diez años?

J.-P. S.—En trabajos como esas emisiones que preparo, y que considero deben formar parte de mi obra. En un libro de diálogos que he comenzado en colaboración con Simone de Beauvoir, que es la con-

tinuación de «Las Palabras», pero que estará ordenado esta vez por temas, y que no tendrá el estilo de aquél, porque ya no puedo tener estilo.

—Pero, ¿invierte usted menos en los proyectos de lo que habla?

J.-P. S.—Invierto menos porque no puedo invertir más. Porque a mis setenta años no puedo esperar ya que, en los diez años eficaces que me quedan por vivir, vaya a producir la novela o la obra filosófica de mi vida. Se sabe lo que diez años de vida entre los setenta y los ochenta...

—¿Así que la causa de todo es menos su media ceguera que la edad?

J.-P. S.—Yo sólo siento la edad por la media ceguera —que es un accidente, habría podido sufrir otros— y por la proximidad de la muerte, que es absolutamente innegable. No es que piense en ella; nunca pienso en ella, pero sé que tiene que llegar.

—¿Ya lo sabía usted antes!

J.-P. S.—Sí, pero no pensaba en ello, de verdad que no. ¿Saba usted que hubo un momento en que llegué a creerme inmortal? Hasta los treinta años aproximadamente. Pero ahora sé que soy mortal, sin pensar, no obstante, en la muerte. Sencillamente, sé que me encuentro en el último período de mi vida y que ciertas obras me están vedadas. Por su amplitud, por su dificultad, pues creo que me encuentro más o menos al mismo nivel de inteligencia que hace diez años. Lo importante, para mí, es que lo que había que hacer se ha hecho. Mejor o peor, poco importa; lo importante es haberlo intentado. Además quedan diez años.

—Me recuerda usted a Gide en «Teseo»: «... He hecho mi obra, he vivido...». Tenía setenta y cinco años y esa misma serenidad, esa satisfacción del deber cumplido. ¿Suscribe usted esa frase?

J.-P. S.—En efecto.

—¿Con el mismo espíritu?

J.-P. S.—Habría que añadir ciertas cosas. No pienso en mis lectores del mismo modo en que lo hace Gide. No tengo de la acción de un libro la misma idea que él. No pienso, como hacía él, en la sociedad venidera. Pero por lo que se refiere al individuo exclusivamente, diré que sí, en cierto sentido; bueno, he hecho lo que tenía que hacer...

—¿Está usted satisfecho de su vida?

J.-P. S.—Mucho. Creo que de haber tenido más suerte habría tratado más cosas y mejor.

—También si se hubiese cuidado usted un poco más. Porque, al fin y al cabo, usted se fastidió la salud escribiendo la «Crítica de la razón dialéctica».

J.-P. S.—¿Para qué la salud? Vale más escribir la «Crítica de la razón dialéctica» —lo digo sin orgullo alguno—, vale más escribir algo largo, denso, importante en sí, que gozar de buena salud. ■ **Declaraciones recogidas por MICHEL CONTAT. Copyright Jean-Paul Sartre et Michel Contat.**

# Alianza Universidad

*Novedades*

Erwin Panofsky

**Renacimiento y renacimientos en el arte occidental**

AU 121, 448 págs., 310 ptas.

Jerrold J. Katz

**La realidad subyacente del lenguaje y su valor filosófico**

AU 122, 176 págs., 150 ptas.

B. J. Cohen

**Política de balanza de pagos**

*Curso de Economía Moderna Penguin/Alianza*

AU 123, 172 págs., 140 ptas.

Roderick Floud

**Métodos cuantitativos para historiadores**

AU 124, 240 págs., 190 ptas.

O. R. Frisch,  
M. F. Hoyaux,  
A. C. Rose-Innes,  
J. M. Ziman y otros

**Panorama de la física contemporánea**

AU 125, 336 págs., 260 ptas.

Harry W. Richardson

**Economía del urbanismo**

*Curso de Economía Moderna Penguin/Alianza*

AU 126, 224 págs., 175 ptas.

*Reedición*

Albert Einstein, Adolf Grünbaum, A. S. Eddington y otros

**La teoría de la relatividad**  
Selección de L. Pearce Williams

AU 62, 176 págs., 140 ptas.